

LUISA SANTAMARÍA

¿PARA QUÉ ESCRIBIR?

1. Los pensadores del lenguaje

Cuando un ser humano pide que le enseñen a escribir, lo que de verdad está pidiendo es que le enseñen a tener algo que decir con coherencia, podría ser el postulado fundamental o la tesis de estas páginas, y su exposición, la argumentación que intenta hacer este postulado.

Desde los sofistas hasta nuestros días, el empeño por enseñar a decir a otro cosas por escrito ha sido una preocupación constante en la humanidad. No cabe duda de que también es una constante el hecho de pedir que le enseñen a uno a pensar, pero como el pensamiento no queda retratado en el exterior de nosotros, no causa *documento*, esa necesidad sentida tiene menor respuesta que la deficiencia en la escritura.

Tras una severa reflexión, lo único que puedo hacer en un intento didáctico es recomendar unas actitudes psicológicas, inmediatamente anteriores a la escritura, como una propedéutica, y después repetir los consejos de algunos escritores de éxito que me han llamado particularmente la atención.

Antes de entrar en materia es menester contestar a la pregunta que

surge en primer lugar: ¿y por qué escribir? Además de los fines prácticos de orden profesional, existen otros de orden, ético, filosófico. La contestación sería: para ordenar el pensamiento. Si nuestro pensamiento se forja en la interacción con los demás, tiene, por tanto, un matiz social. El lenguaje es el pensamiento —dice Unamuno— por eso al ordenar el lenguaje, para ponerlo por escrito, ordenamos también el pensamiento, lo hacemos social. Lacár lleva al máximo rigor la relación entre el pensamiento y el lenguaje. Asegura que el subconsciente está estructurado en forma de lenguaje.

No se puede subestimar la función práctica del lenguaje y la de su expresión, la escritura. Su función fundamental fue conocida en época muy reciente, según Levinas. La función del verbo se comprendía en su dependencia frente a la razón: el verbo que refleja el pensamiento. El nominalismo fue el primero que buscó al verbo otra función: la de instrumento de la razón. Las investigaciones modernas del lenguaje han hecho familiar la idea de una solidaridad profunda entre el pensamiento y la palabra. Ya Merleau Ponty mostró que el pensar descarnado que piensa la palabra antes de hablarla era un mito. El lenguaje no solamente sirve a la razón, *sino que es la misma razón*. Tematizar es ofrecer el mundo a otro por la palabra. El lenguaje hace posible la objetividad de los objetos y su tematización. Conocer objetivamente sería constituir mi pensamiento de tal manera que obtenga ya una referencia al pensamiento de los otros. Al hablar, transmito a otro lo que es objetivo para mí.

A modo de argumentos de autoridad y antes de sacar unas conclusiones de ellos expongo otras teorías inmediatas de la función del lenguaje en su sentido más intelectual. El lenguaje fiel a sí mismo —dice Laín Entralgo— si ejercita su condición de ofrenda al otro, es la relación no primaria de no violencia con el otro, el vínculo más idóneo con la alteridad a la que no se quiere violentar tratando de reducirla a lo mismo y al todo. Desprovisto de cualquier intención bastarda, hablar es dar sentido al mundo y al propio yo, y ofrecer ese sentido —y con él intencionalmente—, el mundo mismo y mi propio yo, al rostro que demanda... Una relación entre términos que se resisten a la totalización, que se absuelven de la relación, o que la precisan, sólo es posible en el lenguaje. En ello tiene su raíz “la inagotable excedencia de la delicadeza de la palabra. La esencia del habla auténtica —del habla no dominadora ni utilitaria— es, en suma, la generosidad. De uno u otro modo entendida, esencial generosidad hay en la *palabra sustancial* de San Juan de la Cruz y en la *paraula viva* de Joan Maragall”.

Para Miguel de Unamuno *la palabra es la inteligencia*. La razón, lo que llamamos tal, el conocimiento reflejo y reflexivo, el que distingue al hombre, es un producto social. *Debe su origen acaso al lenguaje*. Pensamos articulada, o sea reflexivamente gracias al lenguaje articulado y éste brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos. Pensar es hablar consigo mismo y hablamos con nosotros mismos gracias a haber tenido que hablar los unos con los otros y en la vida ordinaria acontece con frecuencia que llega uno a encontrar una idea que buscaba, llega a darle forma de decir, a obtenerla, sacándola de la nebulosa de percepciones oscuras a que representa, gracias a los esfuerzos que hace para representarla a los demás. *El pensamiento es lenguaje interior y el lenguaje interior brota del exterior*. De donde resulta que *la razón es social y común*.

Quintiliano, autor de la Retórica más práctica que se conoce, al estudiar los tropos y las figuras funda una primera teoría del "escribir". El libro X está dirigido al que quiere escribir. ¿Cómo conseguir la facilidad bien fundamentada, es decir, cómo vencer la esterilidad natural, el terror a la página en blanco, y cómo, sin embargo, decir algo, no dejarse llevar por la charla, la palabrería? Quintiliano esboza una propedéutica del escritor: hay que leer y escribir mucho, imitar modelos (hacer reproducciones) corregir enormemente, pero después de haber dejado *descansar* el trabajo, y saber terminar. Quintiliano hace notar que la mano es lenta, el pensamiento y la escritura tienen dos velocidades diferentes; pero la lentitud de la mano es beneficiosa: no hay que dictar la escritura, debe mantenerse ligada, no a la voz, sino a la mano, el músculo: instalarse en la lentitud de la mano: nada de borradores rápidos.

En ese desfase que se produce entre el pensamiento que es el lenguaje y la escritura hay un perfeccionamiento del lenguaje, una colocación que no puede por menos que ser beneficiosa para la razón, si es cierto, como nos dice Unamuno, acercándose con su sensibilidad al centro del problema que la razón debe su origen al lenguaje, en ese esfuerzo por buscar la palabra y perfeccionarla para escribirla, nuestra razón crece. He ahí un verdadero *motivo* para aprender a escribir.

2. A modo de propedéutica

Tal vez siguiendo las pautas que me propongo enunciar no llegue uno a convertirse nunca en un Quevedo, pero sí se mejorará mucho

en el arte de escribir, y además reflexionará hasta el extremo de no pensar en la escritura como una asociación de latiguillos, sino como la tarea más intelectual a que el hombre puede aspirar.

He visto a jóvenes interesados en tener una buena figura, pasar horas y horas todos los días en un banco de gimnasia, cultivar deportes, respiración, relajación, alimentación adecuada y de una manera u otra, conseguirlo. El secreto es que lo deseaban por encima de todas las cosas. En esa línea van mis consejos. Si hay alguien tan verdaderamente interesado en el arte de escribir y lo desee sobre todas las cosas, no cabe duda que aprenderá a escribir y tendrá éxito con la pluma.

En el mundo del periodismo y en general en el de las letras al que accedí a mediados de los años cincuenta encontré jóvenes que eran solamente promesas, pero que tenían una gran vocación por la escritura en las variantes de literatura y periodismo. Muchos tenían como denominador común una inmensa afición y tenacidad en el esfuerzo. Hoy esos jóvenes son figuras conocidas de las letras y el periodismo. Algunos con el factor suerte a sus espaldas, pero la mayoría con horas y horas de desgaste de codos.

En aquellos momentos, entrevisté, en algunas ocasiones al hoy premio Nobel Camilo José Cela; sus palabras fueron doctrina: "Concibo la profesión de escritor como concibe la suya un abogado, un médico o un arquitecto —me dijo—, planificando todos los días el trabajo. La inspiración no existe, son ocho horas diarias de codos".

En esa línea voy a establecer unos requisitos necesarios para adecuar el ánimo a la hora de aprender un arte. En este caso, el arte de escribir. Para ello, voy a tomar modelo de los requisitos establecidos por Erich From en "*El arte de amar*", que tanta impronta cuasó en el mundo occidental tras su publicación. Las normas son sencillamente cuatro:

1ª *Disciplina*.— No es posible hacer ninguna tarea seria si no se hace de forma disciplinada: cualquier cosa que se hace porque se está en estado de ánimo apropiado puede constituir un "*hobby*" agradable o entretenido, pero nunca llevará a la maestría en ese arte. El problema no consiste únicamente en la disciplina relativa a la práctica de un arte particular, sino en la disciplina en toda la vida. Cuando la señora Thatcher fue elegida primera ministra del Reino Unido, dijo, en sus declaraciones a la prensa, que si ella había llegado a tan importante magistratura fue porque su madre le enseñó a disciplinarse desde la más temprana edad. Les exigía a ella y a sus hermanos que se levantaran muy temprano, realizaran labores

domésticas y después se pusieran a estudiar.

Ésta es una forma de cumplir la famosa enseñanza del maestro Baruch Spinoza, de que para realizar una tarea intelectual hay que hacer antes una manual, de esta forma se prepara la mente. El hombre moderno no parece estar de acuerdo con esta máxima. Tiene deseo de ociosidad. Cuando no trabaja quiere haraganear o, por utilizar una palabra desacreditada y mal empleada, *relajarse*.

2ª. *Concentración*.- El que esta condición es indispensable para el dominio de un arte no necesita demostración, hartó bien lo sabe cualquiera que haya intentado aprender alguno, pero en la vida habitual es más rara aún que la autodisciplina. Nuestra cultura lleva a una forma de vida difusa y desconcentrada que casi no registra paralelos. Desde muy corta edad se aprende a hacer muchas cosas a la vez. Se habla, se oye la radio, se estudia, se fuma, se come, se bebe. La falta de concentración en una sola actividad se manifiesta claramente en el hecho de la dificultad de encontrarse a solas consigo mismo. Quedarse sentado sin hablar, sin leer, sin oír música o fumar es imposible para la mayoría de la gente. Fumar es uno de los síntomas de la falta de concentración: ocupa la mano, la boca, los ojos y la nariz.

La falta de concentración en un individuo que tenemos cerca se nota enseguida por esa mirada perdida y ausente que va siguiendo otra conversación interior y que responde con un respingo a la más mínima inflexión de voz o llamada de atención, incluso cuando se le habla en respuesta a una pregunta que él mismo ha formulado.

3ª. *Paciencia*.- La paciencia es el tercer factor necesario para dominar cualquier arte. Si aspiramos a obtener resultados rápidos, nunca dominaremos ninguno. Para el hombre moderno, sin embargo es tan difícil cultivar la paciencia como la disciplina y la concentración. Todo nuestro sistema industrial alienta precisamente lo contrario: la rapidez. Todas nuestras máquinas están diseñadas para lograr rapidez: el coche y el avión nos llevan rápidamente a destino; cuanto más deprisa, mejor. La máquina que puede producir la misma cantidad en la mitad de tiempo es muy superior a la más antigua y lenta. Para ello hay bastantes razones económicas y, al igual que en otros aspectos, los valores humanos están determinados por los valores económicos.

4ª. *Preocupación*.- La preocupación suprema por el dominio del arte es la cuarta condición para su aprendizaje. Si el arte no es algo que está en el centro de sus intereses, el aprendiz jamás lo dominará. Seguirá siendo en el mejor de los casos un buen aficionado, pero

jamás un maestro. Esa condición es tan necesaria para el arte de escribir como para cualquier otro. Parece, sin embargo, que la proporción de aficionados en el arte de escribir es superior que en las otras artes.

No se debe aprender el arte directamente, sino que en primer lugar se debe aprender gran número de otras cosas que no tienen aparentemente nada que ver con él, antes de comenzar por el arte mismo. Un aprendiz de carpintería comienza por aprender a cepillar la madera: un aprendiz de pianista, comienza por aprender algunas escalas. Un aprendiz de escritor debe leer libros relacionados con la vida y bien escritos. La propia persona se convierte en instrumento en la práctica del arte, y debe mantenerse en buenas condiciones según las funciones específicas que deba realizar. Debe *practicar* la disciplina, la concentración y la paciencia a través de todas las fases de su vida.

Fromm se hace una pregunta que contesta a continuación: ¿Cómo se practica la disciplina? Dice que nuestros abuelos estarían en mejores condiciones para contestar a esa pregunta. Recomendaban levantarse temprano, no entregarse a lujos innecesarios y trabajar mucho. Ese tipo de disciplina tenía evidentes defectos. Era rígida y autoritaria, centrada en las virtudes de la frugalidad y el ahorro y en cierto modo hostil a la vida. Pero en la reacción a tal tipo de disciplina, hubo una creciente tendencia a sospechar de cualquier disciplina, y a hacer de la indisciplina y de la perezosa complacencia en el resto de la propia existencia la contraparte que equilibraba la forma rutinizada de vida impuesta durante ocho horas de trabajo.

Aconseja Erich Fromm levantarse a una hora regular, dedicar algún tiempo a actividades como meditar, leer, escuchar música, caminar; no permitirse, por lo menos dentro de ciertos límites, actividades escapistas, como novelas policiacas, no comer ni berber demasiado... Y sobre todo que la disciplina no se practique como una norma dada desde fuera, sino que se convierta en una expresión de la propia voluntad, que se sienta como algo agradable a lo que uno se acostumbra lentamente y que puede echarse de menos en caso de no practicarla.

La concentración —aunque se habla mucho de ella— es muy difícil de practicar en nuestra cultura, en la que todo parece estar en contra de la capacidad de concentrarse. El paso más importante para concentrarse, dice Fromm, es *aprender a estar a solas con uno mismo* sin hacer otra cosa que sentir ese estar a solas. En un principio es muy difícil estar sin hacer nada, sin leer, sin escuchar la radio, sin

fumar o beber y puede uno sentirse muy molesto e incluso angustiado. Se inclinará a racionalizar su deseo de no seguir adelante con esa práctica, pensando que no tiene ningún valor, y todo tipo de pensamientos ocuparán la mente antes de que ésta se vacíe. Como ayuda se pueden hacer unos pocos ejercicios simples: sentarse en una posición relajada, cerrar los ojos y tratar de ver una pantalla blanca delante, intentando alejar los pensamientos y las imágenes que interfieran; luego intentar seguir la propia respiración; no pensar en ella ni forzarla, sino seguirla y percibirla, haciéndose sensible a uno mismo. Sería conveniente realizar este ejercicio un par de veces al día y unos veinte minutos cada vez.

Además es necesario concentrarse en todo lo que uno hace, sea leer un libro, hablar con una persona, escuchar música o lo que sea. En ese momento lo único que cuenta es la actividad que uno está haciendo y en esa actitud cualquier actividad resulta gratificante, porque está llena de la propia atención. Requiere también evitar las conversaciones triviales, que no son genuinas, que están basadas en clisés y que utilizan algunas personas como cortinas de humo, que no sienten lo que dicen, que en definitiva no piensan. Concentrarse en la relación con los otros significa, primordialmente, *saber escuchar* y darse cuenta al hacerlo con concentración que ninguna actividad resulta pesada, sino que la propia concentración tiene un efecto estimulante; por el contrario, cualquier actividad no concentrada causa somnolencia.

3. El ejemplo de Marcel Proust y otros

La lectura de "*En busca del tiempo perdido*", de Marcel Proust, en líneas generales nos lleva a la consideración de que el aprendiz de escritor que no ajusta su vida a las normas expuestas anteriormente pierde el tiempo y no hace nada de provecho. Proust en su vida, entre los dos momentos memorables —desde que saborea la magdalena en casa de su tía y hasta que descubre el desnivel del suelo en casa de los Guermantes— cuenta, con la sensibilidad más exquisita y la más bella manera de contar, cómo día tras día pierde el tiempo en actividades que no son estimulantes.

Proust quiere ser escritor desde la infancia, pero ya antes de la adolescencia se ve envuelto en amores neuróticos, uno tras otro, que absorben todo su tiempo. Y cuando a menudo su madre le pregunta por su actividad contesta con evasivas. Cuando va a hacer balance de su vida intelectual se evade en fiestas en casa de los Guermantes y

con compañías a las que admira por su brillo social más que por su actividad intelectual.

Todo en derredor es trivial y siente constante el dolor de la pérdida del tiempo, entre acuciantes ataques de celos, a veces retrospectivos; hasta que una mañana al levantarse, cuando su madre le lleva el periódico a su habitación, descubre allí impreso su propio artículo del que ya casi había perdido la fe en su publicación, hasta el extremo de pensar al verlo que alguien había escrito otro igual al suyo. Su propia firma no le daba sentido de la realidad. Cuando, pasados los años, restablecido de su enfermedad —psicosomática— Proust se decide a escribir, recobra el tiempo que había perdido y renuncia a los escapismos para dedicarse a su tarea.

Que la lectura de tal evento sea larga —siete volúmenes en su traducción española— no quiere decir que no sea la más placentera que uno puede figurarse. El aprendiz a escritor encontrará en ella el modelo a no seguir de forma práctica, pero, a la vez, el modelo de escritura, que poco a poco va captando el pensamiento, moldeándolo e incardinándose en él. Y un lenguaje que, por bello y fiel trasmisor de los sentimientos, se apodera del lector inmediatamente y hace seguidores. La prueba está en que después de la publicación de esta obra maestra, casi ningún escritor logró sustraerse totalmente a su influencia.

Dos autores de lengua castellana han publicado en 1988 sendos libros sobre el arte de escribir. Se trata del argentino Adolfo Bioy Casares —*Bioy Casares a la hora de escribir*— y el español Fernando Díaz Plaja —*Cómo escribir y publicar. ¿Qué puedo hacer?*—. En el primero de ellos el escritor va desgranando sus teorías a través de entrevistas que le hacen, y en el segundo el escritor habla directamente al público.

Bioy Casares comienza su obra con la consideración de que por qué escribía Flaubert si le dolía tanto... Y en líneas generales, a lo largo de su obra se expresa así en algunos párrafos.

“Yo escribí para que me quisieran, en parte para sobornar y, en parte también, para ser víctima de un modo interesante; para levantar un monumento a mi dolor y para convertirlo, por medio de la escritura, en un reclamo persuasivo. Eça de Queiroz, Marcel Proust, H.G. Wells, y tantos otros me dieron ganas de escribir cuando tuve más discernimiento.”

“Me atrevo a suponer que las ideas nos llegan más fácilmente entre las cuatro paredes de un cuarto que en la calle, mientras esquivamos automóviles. Aunque soy un rápido inventor, soy un lento redactor.

A veces tengo a mi disposición una idea que me parece excelente, pero no se cómo empezar... O cómo seguir. Una dificultad consiste en decir que una acción continúa en un intervalo de años. Una frase rápida probablemente no comunique al lector la sensación del paso del tiempo. En mayor o menor grado, las dificultades reaparecen en cada texto nuevo. Hacia el final de un texto, siempre creo que soy un escritor hecho y derecho, que puedo escribir con rapidez, que desde ese momento voy a escribir numerosos libros. Cuando empiezo el próximo, retomo la torpeza y busco perplejo el camino. Los romanos ya debieron sentir todo esto porque tenía la expresión *escribir invita Minerva*."

"El consejo para aquellos que comienzan a escribir es evidente: que traten de leer buenos libros, que no sufran en su amor propio, por errores cometidos; que se alegren de corregirlos y de aprender. Piensen en lo que escriben, no se crean infalibles, no supongan que lo que sale al correr de la pluma está definitivamente logrado. Cuando tengan una idea que les parezca buena, plantéensela de otro modo."

"Para escribir bien hay que escribir mucho, hay que pensar, hay que imaginar, hay que leer en voz alta lo que uno escribe, hay que acertar, hay que equivocarse, hay que corregir las equivocaciones, hay que descartar lo que sale mal. Si vamos por mal camino y nos parece que no tenemos esperanza, dejemos eso y empecemos otra cosa, o retomemos la idea de manera diferente, en la esperanza de, a lo mejor, ser una persona distinta. *Nadie tiene recetas para escribir bien; podrá tenerlas para evitar determinados errores*. De todos modos hay libros que dan consejos útiles, pero pensarán que esos consejos parecen consejos de cocinero. Lo que pasa es que escribir se parece a cocinar. Yo siempre quise saber algo de cocina en lo que hay que saber la cantidad suficiente. ¿Qué cantidad es suficiente? a lo mejor, escribir bien consiste en saber, en todo momento de la composición, cuál es la cantidad suficiente."

"La atención es importante. La inteligencia depende de la atención como depende también de la memoria. Cuando estudiaba Derecho sufría porque a veces leía insistentemente un texto y pensaba en otra cosa. Tenía la desagradable sensación de no poder dominar mi inteligencia. Eso hería mi patriotismo mental. Quiero que mi inteligencia vaya por donde yo quiera y no haga lo que le indican mis hormonas o mi organismo. La atención significa pensar exclusivamente en lo que uno está haciendo. Cuando escriban piensen en que todo escrito es una máquina compuesta de papel impreso y de un

lector. Yo, al menos, escribo siempre para el lector.”

“No es fácil que las frases digan con exactitud y sin perder la naturalidad lo que uno quiera decir, y que también fluyan una de otra para que el pensamiento se desarrolle normalmente y que no multipliquen ni junten las eses. Sería agradable tener a la mano la musa para que me dictara y que mi escritura brotara como agua de manantial. Sin embargo, si tuviera que escoger entre la musa que me dicta y el sistema de siempre, me quedaría con el sistema de siempre. Sé que en los procesos de escribir y corregir *se ordena el pensamiento*. Más aún, no consideraría absurdo decir alguna vez: ‘De tales o cuales cosas no sabré lo que pienso hasta no haber escrito sobre ellas’.”

“Una gran dificultad supone *armar el relato* para que sea atractivo, claro, eficaz. Antes de escribirlo y durante los días en que ya están escribiéndolo, aprovechen los momentos libres para recordarlo. En los repetidos procesos de contarse a ustedes mismos la historia, la enriquecerán. Tengan en cuenta que las palabras más simples son las mejores.”

Termina Bioy Casares: “Las facultades de letras preparan muy buenos investigadores y docentes, pero no enseñan a escribir, lo que tienen de bueno es que allí uno se encuentra con gente para quien la literatura es algo real, importante. El escritor es autodidacta siempre. Por lo menos todos mis amigos lo son.”

Fernando Dfáz Plaja se expresa de esta manera, ya en el prólogo: “Imagino que la razón de que se me haya encomendado un libro sobre cómo escribir sea la suposición de la editorial de que alguien que ha publicado ochenta y dos tendrá alguna idea de cómo se hace, al menos en su parte práctica. Porque lo que yo ni nadie puede enseñar es a convertir una idea en un volumen de cien a trescientas páginas. Eso se lo dará Dios, si creen en él, o la combinación genética y ambiental, si prefieren un explicación más materialista.”

“Escribir en España representa todavía para muchos una distracción porque se piensa que es un trabajo que está al alcance de cualquiera. Y hasta cierto modo es así. Mientras unas personas han sido capaces de sacar del automóvil el motor para observarlo o intentar reparar una cañería, es muy habitual que cualquier hablante de cualquier idioma intente —tarde o temprano— hacer algún pinito literario, aunque sólo sea en sentido epistolar. Pero se produce alrededor de él el vacío social y económico. Existe además la proporción existente entre escritores y lectores. Entre el 30 y el 38% de los españoles mayores de 15 años son analfabetos, incapaces de

interpretar un texto. Sin embargo se editan 36.000 títulos al año. Nuestro país es el cuarto del mundo en cuanto a publicaciones. Las razones son: a) exportación a América; b) tiradas pequeñas. Francia vende más y edita menos.”

Díaz Plaja, al contrario de Bioy Casares, habla de periodismo en su libro en varias ocasiones. Tiene mucho interés su visión particular de la crítica periodística en España, y en cuanto al artículo en general dice lo siguiente:

“Un artículo es el intento de expresar en un espacio que oscila entre dos y cuatro folios un pensamiento, una opinión, una teoría. Lo que ocurre al empezar a hablar no ocurre en la escritura. La típica frase “no sé cómo empezar a decírtelo”, no ocurre casi nunca al comenzar un artículo. Uno se lanza con ansia y rápidamente sobre el tema... y lo que resulta más difícil es terminarlo. El saber cuando hay que dar por terminado un texto no está al alcance del principiante que insiste larga y reiteradamente en la proclamación de sus ideas; de ello saben mucho los directores de periódico que tienen que decir cien veces ‘córtele’. No sólo por espacio, sino por paciencia del posible lector. En la duda es mejor, demasiado corto. El autor debe ser, sobre todo, claro, lo que no quiere decir que sea populachero”.

Estos dos libros son, según mis noticias, los más recientes aparecidos con el tema de la escritura y su imposible enseñanza. Aunque no se parecen entre sí, tienen el común denominador de desanimar a un aprendizaje rápido, con recetas, sin un esfuerzo diario, continuado.

A lo largo de las páginas expuestas podemos atenernos a tres enfoques a la hora de la práctica ilocutiva del arte al que nos venimos refiriendo.

Primero: Nuestra razón se desarrolla, se amplía, con la práctica de la escritura. Al tener conciencia de que nuestra razón es social, que se forma por la interacción con los otros, tenemos la seguridad de que en nuestro intento de comunicación somos comprendidos, porque los otros saben y sienten lo que nosotros sabemos y sentimos.

Segundo: Es necesario preparar la mente en una ejercitación, antes de ponerse a escribir, de manera que cultivemos la disciplina, la concentración, la paciencia y la preocupación por la escritura. Todo esto hay que hacerlo de una manera metódica de forma que se vea uno en ese interés, en todos los órdenes de la vida. Y que todos los actos y los pensamientos estén encaminados de una forma u otra a lograr esa preparación, vigilando para que se cumpla la práctica de esos puntos expuesto.

Tercero: Los escritores de que se habla al final de la exposición, así como otros muchos que no se nombran, exponen de una manera coincidente la imposibilidad de la enseñanza de la escritura mediante unas fórmulas por muy bien elaboradas que éstas estén.

Hay que leer muchísimo, leer a los grandes escritores —hasta cinco veces, para llegar al buen entendimiento, recomiendan algunos— escribir, dejar reposar lo escrito para volver sobre ello una y otra vez, analizar textos para ver como están escritos y comprenderlos en su totalidad y resumir.

La práctica del resumen diario de una narrativa es tarea que obliga a la lectura detallada y a la síntesis, para lo que se necesita usar el propio vocabulario que se verá enriquecido por la lectura que se acaba de hacer. Y por simplificar finalmente lo dicho, solamente con el resumen continuado y habitual de los buenos escritos, se puede tener una magnífica escuela de escritura, porque este último concepto, de alguna manera, engloba todos los expuestos con anterioridad.

Notas bibliográficas

- Barthes, Roland, *Investigaciones retóricas*, Buenos Aires, S.A., Barcelona, 1982
 Bioy Casares, Adolfo, *Bioy Casares a la hora de escribir*, Tusquets, Barcelona, 1988
 Díaz Plaja, Fernando, *Cómo escribir y publicar ¿Qué puedo hacer?*, Temas de hoy, Madrid, 1988
 Fromm, Erich, *El arte de amar*, Paidós, Barcelona, 1980
 Laín Entralgo, Pedro, *El cuerpo humano*, Espasa, Universidad, 1989
 Levinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito*, Sigueme, Salamanca, 1987
 Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1985